

ADIOS A JUVENCIO VALLE

Microbial Pits A

Al otro año pasado, el primer escritor que
dio sus pueras a la eternidad, fue el
diligente suceder y estimado folclorista
chileno Alberto Arnao, partió también hacia
terrenos de nubes acabado, sin más equipaje que
sus gloriosos 98 años, quien mejor cantó a los
valientes en tierras, ríos y mares de Nueva
Hespérides y Boreas en el sureño Cañón de
Aconcagua.

Como hijo de campesino, conocía de cerca lo que era la miseria en medio de una existencia siempre abierta a perfumes nuevos. Al gozar la tierra se vuelve cordial de plantas para aliviar el peso del peón o pequeño campesino que baja pesadamente por las laderas hacia recostar en la pradera abierta al sol que se resiste como oso desarmado al quererse devorar la boca de cada tarde, y allí, con la asedad en alto y bien con una puerta de bueyes, abierta de par en par el corazón amargo de la tierra genera en su viejo asedio de madura y fuerza la tragedia. Así transcurrió su vida este joven campesino que, a los 18 años, junto con envíos y ganancias realizaciones políticas al diario «EL IDEAL» de Nueva Imperial, ya se hacía famoso por su valía...

finalizó sus estudios básicos en Nueva Segovia; pero allí nació el 6 de noviembre de 1907, se quedó, aunque con el dolor de su alma, heredó el alabado trajeón de las grandes gacetas como lo fue, desde un comienzo, ese periódico rápid, donde noche y día, se discutían y se planteaban los grandes problemas del momento. Fue alumno del horo de Tecum y tuvo el privilegio de compartir un mismo banquete con Koruda. Haciendo uso de su libre albedio, no siguió las aguas de este último, ni que el bacheo del autor, fue el compañero inseparable del autor de "Veinte poemas de amor y una canción desesperada", mientras que Favencio estudió a su alegre la escuela matriz de la naturaleza. Así nacieron los poemas virginales, más bellos que existen en Chile, y entre los Borrullas era el tribuno de roca, el que peleaba con su portada de estrategias

biciudad por la debana del ser humano. Algo los hermanaba, sin embargo, porque Juventud buscaba siempre el rumor del viento entre los cattaverdes y oía con mano limpia el perfume de una flor que en mi fulgore durecía al bano de la arena.

Nos complace asimismo, recordar que ese sentimiento de bullicio alegría y de bien ganado prestigio intelectual que experimentó gran parte de la población chilena acerque de las bellas letras, cuando en 1986, Juvencio Valle obtuvo por la unanimidad de los miembros del jurado el Premio Nacional de Literatura. Uno de los tantos comentarios que aparecieron en la prensa del país, fue un trabajo suyo que publicó la revista «ATENEA» de la Universidad de Concepción, N° 417 correspondiente al trimestre julio-septiembre 1987, y que llevaba por título «JUVENCIO VALLE, POETA DEL ALISTRO CHILENO», donde en parte se consignaba: «Sin dudamientos, con una vena crítica en estrecha consonancia con la naturaleza de su poesía, nada hay en ella que no sea el trazo fiel a una visión personal, prácticamente angelical de una realidad vivida intensamente. La poesía suya, es consustancial consigo misma, una justa equación entre el hombre y el medio que capta, entre el poeta y su visión creadora. Por sobre todas las cosas, su verso es claro, de una transparencia cristalina sin falsos oscuros, resistiéndose en el uso de recursos manejados o de mal gusto, logrando efectos notables de honda sensibilidad expresiva. De su escanciada y nata que metodología productiva artística, consistente en la publicación de diez obras, apreciando la primera «La ilusión del hombre Pato» (1929) hasta llegar a su décimo libro «El grito en el cielo» (1974), es fácil observar en nuestro poeta una pequeña escaño o quiebre en la cresta más que ejercitada de su cauce, preocupándose ahora, sobre todo, en su última obra, a criticar abiertamente al sistema de vida que se debe llevar en el medio urbano, donde se está expuesto a sufrir toda clase de calamidades, tanto o más como debió soportar en su larguísimo de 30 años de clandestinidad en la Biblioteca Nacional.

Para deleite nuestro y como homenaje póstumo al poeta que nació como Gilberto Concha Rallo y partió al infinito llamándose Juventino Valle, recordemos parte su poema emblemático de la vida campesina, titulado «CAROLINA». Dicho escrito poético aparece en su obra «Tratado del bosque» (1902). He aquí, en verso: «Grechosa Carolina, matapalo y espiga,/vistela tú mi casa con tus manos de trigo;/vistela de tus ojos valientes campesina,/cuídala,/cuídala con tus manos y abanibola chíquilla./Tienes díos de hoja clara como un peñón/ y es tan grande esta casa donde yo vivo solo./ El libreta tú, mi señora

Adiós a Juvencio Valle [artículo] Miguel Angel Díaz A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Díaz, Miguel Angel, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós a Juvencio Valle [artículo] Miguel Angel Díaz A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)